
De la generación zapatista al #YoSoy132

Identidades y culturas políticas juveniles en México

MASSIMO MODONESI

Historiador y sociólogo. Profesor titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y coordinador del Centro de Estudios Sociológicos de la UNAM. Director de la revista del OSAL.

Resumen

A menos de un año de la emergencia del movimiento juvenil denominado #YoSoy132, y una vez pasada la primera gran ola de movilización, Massimo Modonesi aporta una dosis de leña al fuego del debate, académico y político, que actualmente se está preguntando acerca de los rasgos, retos y alcances de este fenómeno sociopolítico. Así, este artículo es un breve análisis sobre las identidades y las culturas políticas que actualmente definen a la juventud mexicana, tomando en cuenta las continuidades y transformaciones que se han dado entre la generación zapatista y la aparición del #YoSoy132. La hipótesis de trabajo que utiliza Modonesi plantea que la militancia juvenil y particularmente universitaria ha entrado en una nueva etapa histórica, en la que el zapatismo ya no es el principal referente en términos de formación de identidades políticas. Los fundamentos y matices que le dan forma a dicha hipótesis quedan expuestos tomando en cuenta análisis recientes hechos por estudiosos mexicanos, así como los comunicados del EZLN a los inicios del año.

Abstract

Less than a year into the appearance of youth movement #YoSoy132, and after the first wave of demonstrations, Massimo Modonesi throws another log in the fire of the academic and political debate which is currently wondering about the characteristics, the challenges and the extent of this sociopolitical movement. This article presents a brief analysis of the identities and political cultures which define the Mexican youth today, taking into account continuity and transformation from the beginning of the Zapatist movement and the emergence of #YoSoy132. Modonesi's hypothesis proposes that youth militation, particularly at university level, has moved to a new historical stage, in which the Zapatist movement is no longer the main referent in terms of the creation of political identities. The underpinnings and nuances which give shape to this hypothesis are laid bare when taking into account in a recent analysis carried out by Mexican thinkers, and also through Zapatista National Liberation Army's communiqués at the beginning of the year.

Palabras clave

Zapatismo, cambio de época, movimiento estudiantil, cultura política, identidades juveniles.

Key words

Zapatist movement, change of time, student movement, political culture, youth identity.

Cómo citar este artículo

Modonesi, Massimo 2013 "De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XIV, N° 33, mayo.

Entre diciembre de 2012 y febrero de 2013, a través de una masiva manifestación en San Cristóbal de las Casas y por medio de una serie de comunicados que definen, confirman y precisan su postura y proyecto político, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional volvió a asomarse a la escena política nacional cuando, desde 2006, parecía haberse colocado al margen de ella, atrincherado silenciosamente en la defensa de las experiencias autónomas de las comunidades zapatistas en Chiapas.

En efecto, hace ya seis años, el fracaso y la disolución de hecho de la recién nacida *Otra campaña* –y con ella del proyecto de expansión y arraigo del zapatismo civil– dejaron un vacío en la izquierda mexicana y provocaron la dispersión/generación de militantes y simpatizantes surgidos en el ciclo expansivo e intensivo del zapatismo civil entre 1994 y 2001.

Este acontecimiento histórico se vuelve más visible en tanto que, en 2012, la emergencia del movimiento #YoSoy132 sancionó un pasaje epocal y generacional en culturas políticas juveniles. En esta nueva experiencia de movilización y politización estudiantil se desvaneció definitivamente la centralidad del referente zapatista, abriendo una etapa que –amén de otras posibles definiciones que enfatizen sus rasgos novedosos– podemos llamar *postzapatista*. Si bien, como siempre ocurre en la articulación entre continuidad y ruptura de todo proceso histórico, algunos principios y formas inaugurados por el zapatismo se mantienen y prolongan, hay que registrar que se diluyeron y volatilizaron la identidad y la referencia directa al EZLN, que había sido una constante entre 1994 y 2001 y, aunque en forma menos extendida y profunda, hasta 2006.

A lo largo de las siguientes páginas desagregaremos esta hipótesis de la crisis histórica del zapatismo juvenil y estudiantil y su correlato, el hecho de que el #YoSoy132 se coloca como parteaguas entre distintos momentos de la historia de los movimientos sociales y de las culturas políticas antisistémicas en México.

I

Entre 1994 y 2001 con gran intensidad y amplitud, y hasta 2005 de forma más esporádica y laxa, los procesos de participación y politización juveniles, estudiantiles y, en particular, universitarios, estuvieron marcados por el sello de

la estrella roja zapatista e inspirados por los comunicados y las palabras del Subcomandante Insurgente Marcos. Desde las primeras movilizaciones posteriores al levantamiento de 1994, toda una generación de estudiantes y jóvenes mexicanos se formó y forjó políticamente en el contexto de las iniciativas del EZLN o de acciones de solidaridad con las comunidades zapatistas, menos espectaculares que las primeras pero constantes en el tiempo. Haciendo un sumario recuento de los espacios y momentos de participación más destacados, recordemos en 1994 las marchas en contra de la guerra y las primeras caravanas hacia la zona de conflicto en Chiapas –en particular las Caravanas Universitarias Isabel y Ricardo Pozas–, posteriormente la Convención Nacional Democrática; en 1995 las movilizaciones contra la ofensiva militar ordenada por Ernesto Zedillo y la Consulta por la Paz y la Democracia; en 1996 el Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo y la llegada a la ciudad de México de la comandante Ramona; en 1997 la fundación del Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) y de los comités civiles de diálogo, el segundo intercontinental en España y la marcha de los 1111 zapatistas al DF; en 1999 la consulta por los derechos y cultura indígenas y, finalmente, en 2001 la marcha del color de la tierra. Momentos álgidos de ocho años de intensa y permanente movilización, acompañada de dinámicas de politización, de educación política e ideologización inspiradas y cobijadas por la palabra y la práctica zapatista. Habría que llamarla la *década zapatista*, una década corta o larga si incluimos o no los años 2001-2005, un periodo de transición marcado por el reflujo de las luchas y el ensimismamiento del EZLN, que empezó a modificar su relación con el escenario político nacional y su capacidad y voluntad de convocatoria e influencia social y política. Como es sabido, después de la marcha del color de la tierra, a la luz del desconocimiento por parte de los principales partidos políticos –la mayoría del Partido de la Revolución Democrática incluida– de los Acuerdos de San Andrés, el EZLN dio por cerrada la vía del diálogo institucional –y con ella la apertura hacia la “sociedad civil” y la táctica de las iniciativas y las movilizaciones públicas y de alcance mediático–, se replegó, volteó hacia adentro y optó por el silencio. Los *Caracoles* y las Juntas de Buen Gobierno serán las expresiones del repliegue y de una laboriosa y exitosa construcción de la autonomía en los hechos. Antes de la reaparición en la escena con la VI Declaración de la Selva Lacandona y el arranque de la *Otra campaña* en 2005, sólo habrá espacio para una salida pública que no dejaba de ser autoreferente, la campaña *20 y 10, el fuego y la palabra*, en 2003, que conmemoraba los diez años del levantamiento y los 20 de la fundación del EZLN.

A lo largo de estos años, con las altas y bajas propias de las coyunturas pero con la persistencia de la sedimentación en la cultura política, en la juventud urbana y particularmente en la universitaria las referencias al EZLN eran constantes y directas, las formas de ser zapatistas variadas pero todas identitarias, constitutivas de culturas políticas que se ramificaban alrededor de un tronco común. No sólo existía aquel núcleo duro que alguna vez se aglutinó en el FZLN o de agrupaciones claramente zapatistas y estudiantiles como Jóvenes en Resistencia Alternativa o el Colectivo Estudiantil Metropolitano¹, sino también en grupos que asumían o mantenían denominaciones distintas (sociales, culturales o polí-

ticas, por ejemplo anarquistas, socialistas, comunistas e inclusive perredistas), el zapatismo constituía un referente cultural y una identidad política que podía ser primaria o secundaria pero raras veces estaba ausente. En un movimiento emblemático de esta década zapatista, la huelga de 1999², se expresó plenamente la presencia del zapatismo ya que, aun cuando sólo algunos grupos de activistas eran militantes del FZLN, la influencia del zapatismo difuso permeaba a todo el movimiento, aun cuando era interpretada y vivida de diversas maneras, y varios fueron los contactos directos de los huelguistas con el EZLN, así como en varias ocasiones el subcomandante insurgente Marcos asumió posturas a lo largo del conflicto³.

Es sabido que, en medio de la aridez antisistémica y la re-subalternización provocada por el neoliberalismo, en los imaginarios juveniles, tanto mexicano como mundial, el zapatismo volvió a despertar ideales de rebeldía que se sumaban y, a veces, sustituían los símbolos del izquierdismo revolucionario clásico y contemporáneo. El radicalismo antisistémico de los años noventa, que volvió a cobijar la emergencia de subjetividades políticas antagonistas, forjadas en el conflicto y proyectadas hacia horizontes emancipatorios, se moldeó en los marcos del zapatismo, adquiriendo una serie de características cuyos ecos, como lo mencionaremos más adelante, siguen resonando en la actualidad.

En estos años en los cuales el zapatismo era un sustantivo ideológico difuso y un ámbito privilegiado de formación militante, cinco adjetivos lo acompañaban, entrecruzando y sobreponiéndose: se habla tanto de zapatismo civil como de zapatismo urbano, juvenil, estudiantil y universitario. Si bien no se distinguían en los discursos que circulaban en los ambientes militantes, se podía inferir que cada uno de los niveles contenía al siguiente y los últimos dos, el estudiantil y el universitario, fueron una expresión particularmente viva y densa del zapatismo como nueva cultura política y nuevo cauce de formación y educación militante. Entonces, podemos hablar de *generación zapatista* en tanto una generación entera de activistas y militantes se forjó al calor de las movilizaciones convocadas o inspiradas por el EZLN asumiendo, de distintas maneras, una forma de ser zapatista.

La noción de *zapatismo civil* circuló ampliamente para diferenciar el carácter armado del EZLN de las movilizaciones pacíficas de sus simpatizantes. La expresión surgió de la boca del propio subcomandante Marcos quien, en una célebre entrevista con Yvon Le Bot, planteó la idea del zapatismo como pretexto, indicando como, al lado del zapatismo armado, surgía lo que llamó zapatismo civil y un zapatismo social, además de un zapatismo internacional⁴. La distinción entre *armado* y *civil* fue una fórmula de los primeros años en los cuales el subcomandante Marcos y el EZLN abrieron el diálogo con la “señora sociedad civil”, asumiendo con optimismo el apoyo de diversos sectores, respetando este pluralismo y confiando en las mediaciones hacia la esfera institucional, en particular en el PRD. Por otro lado, la organización interna del FZLN, la expresión más orgánica del zapatismo civil, se estructuró en función de “comités civiles de diálogo”⁵.

La fórmula *zapatismo urbano*, que circulaba en ambientes militantes, figura explícitamente en un breve texto de John Holloway en el cual, por medio de

la idea de resonancia –retomada de un discurso del subcomandante Marcos–, plantea la extensión de una forma zapatista de hacer política, polarmente anti-tética a la del izquierdismo clásico, antipartidaria, antivanguardista y contraria a la toma del poder, sino comunitaria y consejista cuyo desafío central es “el desafío de la autonomía” (Holloway, 2005: 168-179)⁶. Y, además de los colectivos zapatistas europeos, inspirados por el autonomismo italiano, no casualmente será en la Argentina rebelde e insurrecta de los piqueteros y las asambleas barriales del 19 y 20 de diciembre de 2001 y de las fábricas recuperadas, donde la irradiación del referente zapatista fue acompañada de una reflexión más profunda sobre el ser zapatista en las selvas metropolitanas⁷.

...resulta sorprendente la ausencia casi total de estudios relativos a toda expresión de zapatismo civil o urbano y, menos aún, a su dimensión juvenil, estudiantil y universitaria

A pesar de su indiscutible importancia histórica, resulta sorprendente la ausencia casi total de estudios relativos a toda expresión de zapatismo civil o urbano y, menos aún, a su dimensión juvenil, estudiantil y universitaria⁸. En México existe solamente un estudio a profundidad sobre el zapatismo urbano, restringido a la experiencia de Guadalajara, que sin dejar de ser interesante y revelador de alcances y límites, tiene sólo una alusión a la dimensión juvenil en relación a la presencia de colectivos anarcopunks (Sandoval, 2009). A la vertiente anarcopunk refiere también un trabajo sobre neozapatismo y rock, el cual, además de ofrecer un ilustrativo panorama de la solidaridad y movilización de rockeros mexicanos y de otras partes de mundo, no aporta elementos substanciales para entender el impacto del zapatismo sobre la juventud mexicana (Anaya, 1999).

Sobre el zapatismo internacional –que también está profundamente marcado y recortado generacionalmente– contamos con el importante y pionero estudio de Guiomar Rovira (2009). Rovira –quien lo llama zapatismo transnacional– muestra la emergencia de un ciberactivismo y de una forma red que serán pioneras y que marcaran un pasaje de continuidad y de herencia del zapatismo al altermundismo (p. 237). Particularmente interesante resulta el registro de un repertorio de acción específico (p. 106) el cual, dicho sea de paso, da cuenta fundamentalmente de acciones de defensa de las comunidades zapatistas en Chiapas más que de acciones proactivas de ampliación de las demandas o las luchas (lo mismo que se observó en México con el FZLN), aunque hay que señalar que los comités pro zapatistas a nivel mundial reunían a militantes que participaban activamente de movimientos sociales activos en sus respectivos países. Al mismo tiempo, aún en medio de estas aportaciones, hay que señalar que tampoco Guiomar Rovira dedica una atención especial al tema generacional y no se refiere explícitamente a los jóvenes, a los estudiantes ni a los universitarios.

Ahora bien, estas aproximaciones de indiscutible valor no sólo aparecen insuficientes para dar cuenta de un fenómeno fundamental en la conformación de una cultura política mexicana de izquierda sino que no reflejan el impacto so-

bre el universo simbólico y las prácticas políticas juveniles y universitarias. No hay una historia del FZLN, no hay estudios a profundidad, ni siquiera un conjunto de referencias autobiográficas o testimoniales relevantes y significativas, aún cuando es obvio que las más diversas trayectorias biográficas pasaron por la militancia zapatista⁹. Sorprendentemente y lamentablemente en la historia del EZLN, que se está escribiendo copiosamente en términos de movimiento armado y de movimiento indígena, no está escribiéndose el capítulo del zapatismo civil y menos aún el del zapatismo juvenil, estudiantil y universitario. En efecto, si bajo la forma de guerrilla conquistó la atención de México y del mundo y bajo la forma de movimiento indígena se dieron y se dan los grandes logros del zapatismo como experiencias comunitarias de autogobierno y autonomía de inestimable valor, a nivel civil y urbano la proyección anunciada, ensayada y esbozada en varios intentos y diversas formas quedó frustrada. A lo mejor vendrán más adelante estudios que relaten esta dimensión, de la mano de estudios históricos que suelen registrar los fenómenos con una distancia temporal. Sin embargo, no deja de ser lamentable que no esté ocurriendo –en medio de coyunturas álgidas y problemáticas que requieren ser retroalimentadas con debates y análisis profundos– en el terreno más inmediato de los estudios políticos, sociológicos y antropológicos.

II

Un punto de partida desde el cual es posible y pertinente observar y analizar al zapatismo juvenil y universitario puede ser el fin de su ciclo, el momento en que se cierra un periodo o una época de trascendencia y de visibilidad e inicia otra etapa –de desaparición, de latencia o de puesta en espera–.

Como decíamos, la aparición del movimiento #YoSoy132 alrededor de las elecciones presidenciales de 2012 marca una ruptura y una discontinuidad con el pasado.

La anterior coyuntura electoral fue el contexto de la parábola rápidamente descendiente de la *Otra campaña*, cuando no prosperó el intento de federar, detrás del liderazgo del subcomandante Marcos, a distintas experiencias de luchas a lo largo y ancho de México. Así como el Congreso Nacional Indígena en el mundo *campesindio*, la *Otra campaña* trataba de vertebrar y articular las numerosas expresiones de resistencia que sostenían, inspirados en el zapatismo, los más diversos colectivos urbanos, generalmente y tendencialmente universitarios o en los cuales la presencia juvenil era significativa. En este sentido, la propuesta de la Sexta Declaración venía a sustituir y rebasar al FZLN –que en efecto fue disuelto inmediatamente– tratando de ampliar y consolidar el campo del zapatismo civil, no sólo como brazo político del EZLN sino como una organización con fuerza y empuje propio, cualidades que el FZLN nunca tuvo por decisión del mismo EZLN que, además de querer ampliar sus horizontes políticos conforme a la idea de liberación nacional, necesitaba contar con una retaguardia urbana.

El resultado de esta iniciativa es de sobra conocido. Después de un arranque prometedor en el cual la *Otra campaña* logró abrir un diálogo entre múltiples y

diversas experiencias de lucha¹⁰, el cálculo equivocado y la intempestividad de una campaña simultánea y declaradamente contrapuesta a la de López Obrador y la coalición que lo apoyaba condujeron primero al aislamiento, posteriormente a la marginalidad y finalmente a la disolución de prácticamente toda forma de zapatismo civil organizado. Si bien esto no significó la desaparición de una herencia cultural del zapatismo de la cual subsisten expresiones difusas, en 2006 se cierra un ciclo histórico. El vacío que la *Otra campaña* quería llenar quedó desocupado. El proyecto de una federación post-grupuscular de las izquierdas anticapitalistas mexicanas se quedó sólo en las letras de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona.

La emergencia del #YoSoy132 puede explicarse, entre otras cosas, a partir de la caracterización de la coyuntura de 2012 en comparación con la de 2006. En 2006 el escenario político estaba en ebullición y el campo opositor ofrecía dos opciones reales de militancia –el movimiento obradorista y la *Otra campaña* zapatista–, que sostenían e impulsaban, con apuestas estratégicas distintas y con diversos alcances de masa, una embestida anti-neoliberal en sintonía con los empujes que, en otras partes de América Latina, había alcanzado a producir un cambio de época, modificando substancialmente la correlación de fuerzas a favor del campo popular. La candidatura progresista de Andrés Manuel López Obrador era el centro de todo el proceso al punto que, desafortunadamente, la misma *Otra campaña* se adelantó a los tiempos y, asumiendo que ya había ganado, lo declaró prematuramente el enemigo principal, apostando a diferenciarse hacia la izquierda, empecinándose en denunciar las miserias de AMLO y sus aliados antes de asegurarse que fueran derrotadas las derechas neoliberales y conservadoras.

Después vino el fraude electoral, y de la supuesta victoria progresista que abriera el camino institucional, con todas sus aristas conservadoras, se pasó a la movilización democrática en defensa del voto que la *Otra campaña*, aún reconociendo el fraude, descalificó, no queriendo ver, entre las mediaciones y los intereses partidarios, genuinos procesos de indignación popular que se agrupaban detrás del liderazgo carismático de AMLO, amén de sus alianzas y de los círculos partidarios que lo rodeaban.

Desde su agitada toma de posesión, el gobierno de Calderón, para atrincherarse en búsqueda de la legitimidad perdida, lanzó la tristemente famosa *guerra contra el narco*, que no sólo le proporcionó una plataforma defensiva sino que le permitió desplazar totalmente el debate neoliberalismo-antineoliberalismo-postneoliberalismo, ahogándolo en la sangre de una guerra civil que se constituyó en el tema y el problema central y reconfiguró totalmente el escenario nacional y la correlación de fuerzas que lo define. En este contexto de luchas defensivas, no sólo de derechos humanos sino también socio-ambientales y laborales¹¹, a pesar de mantenerse en pie e inclusive de avanzar en la organización de su movimiento, AMLO no alcanzó a constituirse como una alternativa susceptible de alcanzar la mayoría relativa necesaria para ganar las elecciones. El obradorismo no despertaba ni despierta grandes entusiasmos en el sector juvenil y universitario (aún cuando existen sectores que se adhirieron y se mantienen en o alrededor del Movimiento de Regeneración Nacional, MORENA).

El Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, encabezado por Javier Sicilia en defensa de las víctimas de la violencia armada, aun cuando contó en sus inicios con una significativa y entusiasta participación juvenil y universitaria, no alcanzó a ser una alternativa para activar y politizar una generación que, a diferencia de la del CEU y del cardenismo, entre 1986 y 1988, y la del zapatismo y la huelga de la UNAM entre 1994 y 1999, no había vivido experiencias propias o que sintiera como tales. Ya desde 2001, después de la marcha del color de la tierra, pero sobre todo por el contragolpe anímico de la agrídulce huelga de la UNAM de 1999-2000, la militancia y la participación de los jóvenes universitarios había tendido a disminuir.

el #YoSoy132 se presentó repentinamente, como un acontecimiento espectacular incrustado en una coyuntura crucial, se legitimó y se presentó como políticamente correcto

Así que el movimiento #YoSoy132 nació insertándose en este *impasse* histórico y en el espacio político dejado por el movimiento obradorista y la *Otra campaña*, con la diferencia de que el primero nunca fue ni pretendió ser una opción política para la juventud universitaria radical y antisistémica, el núcleo duro del activismo y del recambio de la militancia de la izquierda mexicana, sino que apostó a ser un vasto movimiento nacional-popular con aspiraciones definidas de poder, alianzas sociales y estructuras partidarias, con un pie en las instituciones y otro en la calle.

III

Al calor de su irrupción en la escena política nacional, han proliferado los comentarios y las opiniones sobre el movimiento #YoSoy132, tratando de entender e interpretar este fenómeno de movilización estudiantil. Seguramente están cocinándose estudios y análisis de mayor alcance y profundidad, ya que se trató de un fenómeno sobresaliente de acción colectiva que, además, cumplió con los requisitos de las modas que difunden los medios de comunicación y que también se reproducen en el medio intelectual y académico, permanentemente en busca de novedades para justificarse y alimentarse¹². En efecto, el #YoSoy132 se presentó repentinamente, como un acontecimiento espectacular incrustado en una coyuntura crucial, se legitimó y se presentó como políticamente correcto por ser juvenil, espontáneo, desinteresado en el poder, con un tinte educado y “clasesmediero” y, más aún, apartidista en una república partidocrática en pleno proceso electoral. Además puso en el centro de su dinámica y su capacidad de convocatoria a las redes sociales y fue inmediatamente asociado a una serie de movimientos recientes –la primavera árabe, los *indignados* españoles, el llamado *Occupy Wall Street*– colocándolo en la cresta de una oleada mundial.

En otro artículo sintetizamos la trayectoria del surgimiento del movimiento #YoSoy132 y esbozamos algunos elementos para su caracterización (Estrella y

Modonesi, 2012). Ahora, como lo venimos anunciando, en esta oportunidad vamos a concentrar la atención en un aspecto específico: el #YoSoy132 como manifestación explícita del fin del ciclo de la generación zapatista y como inicio de un ciclo post-zapatista de movilización y politización juvenil y universitaria.

En efecto, un cierre de época, como cualquier corte histórico, puede reconocerse y apreciarse plenamente sólo a partir de la apertura de otro ciclo, evidenciando la discontinuidad sin perder de vista la continuidad. El ciclo inaugurado por el movimiento #YoSoy132 supera, incorpora y volatiliza la experiencia del zapatismo universitario. Las nociones de *volatilización* o *sublimación* –prestadas de la química– son las que mejor expresan el pasaje de una forma concreta y sólida de la identidad zapatista a una forma evanescente, gaseosa y difusa. Argumentaré brevemente, a modo de demostración, dos tesis contrapuestas que articulan la idea anterior. La primera es que el #YoSoy132 no es zapatista. La segunda es que, de alguna manera, secundariamente, lo es.

El #YoSoy132 no es zapatista en tanto no hay una filiación, una herencia ni una referencia directa al EZLN ni al zapatismo en general. Sin duda hay simpatía y profundo respeto por las comunidades autónomas en territorio zapatista. Se le considera parte importante de las resistencias actualmente en curso en México. Tampoco se niega la relevancia del levantamiento de 1994 y la trascendencia del EZLN a nivel nacional e internacional como un acontecimiento fundamental de la historia de los movimientos antisistémicos posteriores a la caída del muro de Berlín. Al mismo tiempo, justamente en este tipo de reconocimientos, se nota que una de las dimensiones relevantes de la irrupción del zapatismo –su versión civil, urbana y juvenil– no tiene continuidad histórica directa ni aparece en el escenario en el que se mueve y piensa el #YoSoy132. Ya mencionamos el pasaje problemático de la *Otra campaña* y su desdibujamiento y, sobre este aspecto, es sintomático el relato de un integrante del movimiento quien contó que en una asamblea: «Yo estaba pasando la lista y veía a cada uno. Lo veo –a otro– y me dice, “yo soy de la *Otra campaña*”. Yo de ingenuo le dije, ¿cuál es la otra campaña? ¿Candidaturas independientes? ¿Clouthier? ¿De qué me estás hablando? Dijo “EZLN” y todos nos quedamos así, de “¿eh?”. Pues aplausos» (Muñoz, 2012: 122).

En los documentos elaborados por el #YoSoy132 no aparecen en efecto rastros de un vínculo ni real ni idealmente fuerte con el EZLN. Confirma esta distancia, que parece ser más histórica que política, la percepción y la imagen de los zapatistas que se trasluce en las entrevistas realizadas por Gloria Muñoz y el equipo de *Desinformémonos* –quienes vienen directamente de y siguen adscribiéndose a la *Otra campaña*–, donde los estudiantes mencionan sólo una vez a los zapatistas en relación con las luchas autonómicas, junto a las de Cherán y Ostula (p. 140), y la única alusión a la *Otra campaña* figura en un listado de grupos potencialmente cercanos, junto a grupos anarquistas, socialistas y comunistas (p. 159). Estas menciones enumeran luchas próximas y posibles aliados, es decir, marcan una cercanía pero establecen una distancia, una diferencia: el #YoSoy132 no es ni se define como zapatista, reconoce y respeta al EZLN, al que visualiza como un movimiento indígena y comunitario y una referencia histórica, pero ni siquiera lo coloca jerárquicamente en la cima de un listado de aliados naturales o de ejemplos de lucha.

Otro botón de muestra, puntual pero significativo, de esta diferenciación, son las declaraciones de Neftalí Granados, de la asamblea de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, y de Magaly Barreto, integrante de la asamblea de posgrado del #YoSoy132 en la UNAM, quienes plantearon la posibilidad de una alianza con el EZLN (Camacho y Olivares, 2013), aunque al día siguiente el propio Neftalí, en el “correo ilustrado” del día 4 de enero en el diario *La Jornada*, aclaró: “no implica que exista un particular interés por alianzas con organizaciones políticas específicas, en este caso el EZLN”. Más allá de lo anecdótico, se repite la lógica de asumir no sólo una diferencia sino además el hecho de considerar al EZLN una organización más y al zapatismo un movimiento y una lucha histórica. Ni más, ni menos.

Tampoco en las reuniones y asambleas posteriores a los comunicados del EZLN de enero y febrero de 2013, donde el propio Marcos aludió en forma positiva y elogiosa en una postdata al movimiento #YoSoy132 y posteriormente volvió a mencionarlo en otro texto titulado “Ellos y nosotros”¹³, se notó un giro que implicara un reconocimiento o acercamiento mayor hacia el zapatismo o un interés en la anunciada reactivación de la *Otra campaña*, ahora bajo el nombre de la Sexta.

Asistimos por lo tanto a un redimensionamiento del zapatismo que da cuenta de su reducción a la dimensión indígena comunitaria y su repliegue de los vastos ámbitos urbanos, y particularmente estudiantiles, en los cuales estaba firmemente plantado en el pasado.

Y además, en el punto central de nuestra argumentación, los integrantes del #YoSoy132 no reconocen la existencia en el México actual de un zapatismo juvenil, urbano y civil, ya que éste desapareció o se redujo a expresiones mínimas, políticamente imperceptibles, sin aparente capacidad expansiva ni de renovación generacional¹⁴.

En la fisonomía múltiple y pluralista del #YoSoy132 no aparece una vertiente explícitamente o declaradamente zapatista. En un interesante ejercicio analítico sobre la configuración interna del movimiento, Enrique Pineda (2012) –quien por cierto viene de una larga trayectoria de militancia en el zapatismo urbano y juvenil siendo fundador y dirigente de los JRA– distingue ocho posiciones políticas, entre las cuales figuran la liberal-progresista, la obradorista, los grupos de orientación socialista revolucionaria, “indignados” y otros más. Señala con acierto que “aunque en el ambiente se percibe una amplia simpatía con los pueblos indios y sus luchas, lo cierto es que las posiciones autonomistas y libertarias son reducidas o minoritarias” y no influyen en la orientación del movimiento, lo cual contrasta con el pasado reciente. La mayoría de los jóvenes del movimiento parece adscribirse en efecto a esta macro identidad, desde hace unos años, que se define como *indignados*, un conjunto variado de expresiones de resistencia y protesta frente al estado actual de las sociedades capitalistas contemporáneas, sin referentes ideológicos y organizacionales claros, a veces contradictorios, en general desconfiados frente a toda mediación política o liderazgo¹⁵.

Por otra parte, el mismo autor, quien fue activista del movimiento, formula una crítica al extremo horizontalismo y asamblearismo, no sólo por la vertigi-

nosa rotatividad de los portavoces sino por un pluralismo radical que asumía un archipiélago de grupos y corrientes, ninguno capaz de volverse hegemónico ni de plantearse alianzas estables en esta dirección. En efecto, la fragmentación interna fue y es vicio y virtud del #YoSoy132, pues la autonomía de las asambleas permitió operar con libertad mostrando un dinamismo impresionante que hubiera sido frenado por la construcción de consenso y unanimidad¹⁶, que al mismo tiempo, como señala Pineda, se transformó en “descoordinada polifonía de la pluralidad de asambleas” y “pulverización del mensaje público”.

En este contexto se pueden entender los enfrentamientos del 1 de diciembre, en ocasión de la toma de posesión de Peña Nieto, en los cuales, además de la desmedida represión policiaca y de las evidentes provocaciones de los infiltrados, hubo un relativamente inédito desborde de violencia por parte de algunos grupos de jóvenes estudiantes. Más allá de la reivindicación anarquizante de algunos, otros simplemente manifestaron su rabia e indignación por medio de la confrontación con la policía, además de la destrucción y el saqueo de algunas tiendas. En este episodio se notó claramente la falta de coordinación y de contención política al interior del movimiento, y la espontaneidad que suele ser virtuosa también cobijó actos censurables y contraproducentes.

En el pasado reciente esto no solía ocurrir, o era contenido y limitado a su mínima expresión. En el campo de la politización juvenil y estudiantil, la disolución del referente zapatista y la falta de presencia de la izquierda institucional no se compensan con una difusión de la cultura política y la disciplina de la cual son portadores los grupúsculos de izquierda revolucionaria, los cuales aprovecharon el vacío pero no pudieron ocupar un espacio tan amplio¹⁷.

Así que los códigos de comportamiento político están en plena reconfiguración y redefinición y apenas se pueden percibir algunas tendencias, las cuales parecen apuntar hacia una diáspora en la cual pueden proliferar, en medio de muchas manifestaciones creativas, varias derivas, entre las cuales están los excesos de violencia callejera y una falta de elementos de coordinación política necesarios.

IV

El diagnóstico duro de la desaparición de la identidad y la cultura política zapatista juvenil y universitaria remite a la ausencia de formas explícitas y organizadas mientras que, al mismo tiempo, como se anunciaba, hay que matizar el argumento, reconociendo que la volatilización de este zapatismo no implica una simple desaparición sino una difusión y desidentificación de su legado histórico que abre la posibilidad de traducirlo o prolongarlo bajo otras formas y denominaciones.

En efecto como ya se observaba en el vínculo con el altermundismo, en la difusión de formas que el EZLN inauguró y de las cuales fue pionero, en el #YoSoy132 aparecen expresiones zapatistas no nominales ni identitarias, resonancias que evocan al zapatismo sin remitirlo explícitamente.

El #YoSoy132 es parte de un proceso mundial, de un ciclo de movimientos inaugurado simbólicamente por el propio levantamiento en Chiapas en 1994,

con su capacidad de irradiación simbólica y por la creación de una tupida red de apoyo, que pasó por el altermundismo y sigue, en tiempos más recientes, con los llamados *indignados* en diversas partes del globo.

En este sentido podemos afirmar que el #YoSoy132 es zapatista sin serlo, en la medida que responde a un patrón que se gesta como intento de superación de formas históricas de los movimientos sociopolíticos del siglo XX. Podríamos decir, en forma sintética, que se trata de una dinámica difusa que tiende a repolitizar a los llamados nuevos movimientos sociales posteriores al '68, reactivar el antagonismo a contrapelo de la subalternidad sembrada y cosechada por el neoliberalismo, agregar alcance y proyección antisistémica y global a las demandas identitarias y culturales, combinar reivindicaciones materiales y post-materiales, alzar la mira de la crítica social, asumir a la globalización como marco político e innovar en las formas discursivas y organizativas rebasando los moldes clásicos de las izquierdas mundiales y recurriendo a modalidades horizontales e incluyentes, exaltando la espontaneidad, la creatividad y el pluralismo. A este marco general que abarca los últimos veinte años, en forma esporádica pero recurrente y tendencialmente creciente, hay que agregar la novedad de la internet y de la difusión de formas de comunicación horizontales –de las cuales el zapatismo fue pionero– y de las redes sociales en los últimos años.

Si la pretensión de dar cuenta de estas transformaciones ocurridas y que siguen su curso en el terreno de las formas de la acción colectiva y en particular de los movimientos sociales, que son y serán objeto de un vasto debate político y académico, hay que reconocer que el #YoSoy132 es parte de este amplio proceso, en continuidad más que en ruptura respecto del zapatismo.

Y, para abonar a la tesis de la prolongación, hay que subrayar que tanto los límites como los alcances del movimiento #YoSoy132 pueden leerse en esta clave, es decir valorando o mostrando las contradicciones propias de la forma *multitud*, para usar esta fórmula polémica que evoca el autonomismo, una de las traducciones teóricas más acabadas del zapatismo urbano. Por ejemplo, en el tema del horizontalismo y el asamblearismo, ya vimos aparecer las aristas en la crítica formulada por Pineda, o la exaltación de lo mediático y el sobredimensionamiento de la capacidad de convocatoria por medio de las redes sociales. O, para poner otro ejemplo, la capacidad de convocatoria amplia y transversal, aunque coyuntural, que va de la mano del carácter apartidista del movimiento, que le confiere un valor ético vinculado a la explícita negación de la voluntad de ocupar espacios y ámbitos de poder institucional.

Si bien decíamos anteriormente que no se encontraban, en los documentos elaborados por el #YoSoy132, referencias textuales o explícitas al zapatismo, al mismo tiempo resultan notables las evocaciones y resonancias literarias. En su documento más elaborado, presentado el 26 de julio en uno de los actos más relevantes del movimiento, el llamado cerco a la cadena Televisa, y titulado “Por la democratización de los medios de comunicación”, se puede observar una inequívoca inspiración zapatista:

Quando llegamos estaba el mundo y éramos un pueblo con hambre y con siglos de opresión. Éramos cúmulo de descontento, éramos fraudes electorales sin revolución, éramos Chiapas y 500

años sin nombre levantados en armas, éramos Aguas Blancas y el pueblo en la tierra asesinado, éramos crisis y deudas ajenas, manos sin trabajo, éramos huelga, barricadas aplastadas, Atenco y Oaxaca, mujeres violadas y asesinadas, víctimas de la represión. Éramos trabajo de esclavos, familias migrantes, infancia calcinada, cuerpos en puentes colgados, víctimas del terrorismo de Estado, moneda de cambio en una campaña, asesinato como libre mercado. Éramos silencio, éramos dolor, éramos opresión. Quisieron quitárnoslo todo y sólo perdimos el miedo. Ya no seremos más una voz silenciada. Venimos aquí con nuestros cuerpos que gritan: ¡Ya basta!

...el #YoSoy132 es zapatista sin serlo, en la medida que responde a un patrón que se gesta como intento de superación de formas históricas de los movimientos sociopolíticos del siglo XX

V

En el marco de este proceso, la reciente reaparición pública del zapatismo, entre diciembre de 2012 y febrero de 2013, abre nuevos y relativamente inciertos escenarios de reconfiguración de las identidades políticas antisistémicas en México. La marcha en San Cristóbal de las Casas el 21 de diciembre y la serie de comunicados que la siguieron marcan una nueva etapa particularmente en relación con el zapatismo civil¹⁸. Al firmar el acta de defunción de la *Otra campaña*, el EZLN quiere resucitar el sentido profundo de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona bajo modalidades todavía por definirse, salvo que nominalmente lo que nacerá será *La Sexta*. Al mismo tiempo, además de confirmarse el compromiso en defensa de los pueblos indígenas y de sus experiencias de autodeterminación, su oposición a todo gobierno –panista o priísta que fuera– se reitera la aversión y la hostilidad hacía AMLO y a su recién nacido partido, el MORENA. El cierre identitario y la raya de demarcación son claramente anunciadas en el título del extenso comunicado “Ellos y nosotros”, en donde el *nosotros* aparece restrictivo y el *ellos* muy amplio, aún cuando el énfasis crítico está claramente dirigido al campo progresista y en particular a su principal dirigente¹⁹.

Probablemente volverán a cerrarse algunas filas de lo que quedó disuelto en la *Otra campaña*, surgirán algunos colectivos de la Sexta y otros volverán a manifestar su adhesión. Pero habrá que ver cuáles y cuántos jóvenes mexicanos voltearán a ver al zapatismo y encontrarán allí, sea militando orgánicamente en la Sexta, sea acompañándola con mayor o menor cercanía, un cauce y una senda para proyectar sus visiones alternativas del mundo y sus esfuerzos para cambiarlo.

Sin duda, desde la diáspora del zapatismo juvenil y universitario, hacen falta referentes políticos que articulen y proyecten a la energía y la creatividad que se manifestó en la experiencia del #YoSoy132.

Postdata

Terminando de escribir estas líneas apareció una encuesta realizada a finales de enero de 2013, después de la reaparición del EZLN, que trata de dar cuenta de

la percepción de la opinión pública sobre este movimiento²⁰. Revisemos algunos datos significativos. No se enteró de la marcha de zapatistas de base del 21 de diciembre en San Cristóbal el 67%, y el 56 % dice no saber el porqué de las manifestaciones.

Teniendo en cuenta este punto de partida que indica una falta de información de los encuestados, se vuelven resbalosos los datos siguientes, pero no dejan de ser interesantes. El 37% considera que el EZLN es un movimiento que “se ha quedado en el pasado”, mientras el 44% lo considera vigente y el 19% no sabe. En realidad, vistas las circunstancias, parece elevado el número de quienes lo consideran vigente. Al mismo tiempo, está claro que, como lo estuvimos argumentando, el EZLN tiende a ser identificado más como un movimiento indígena (22%)²¹ –no lo sabe el 56%– y sólo el 16% lo relaciona con demandas de alcance general o político²², y apenas el 2% le atribuye intenciones reprobables (el 1% por ser revoltosos y el 1% por buscar dinero)²³.

Finalmente, es revelador que entre tres cortes históricos, los de 2003, 2005 y 2013, aumentó el número de los que no saben cómo definir al movimiento (9-11-17%), osciló sensiblemente el de los que lo definen como movimiento indígena (35-21-29%), guerrillero (29-44-23%) y político (26-23-31%). Lo indígena era más evidente en los años posteriores a la marcha del color de la tierra, el debate sobre los Acuerdos de San Andrés y la reforma constitucional en materia de derechos de los pueblos indígenas; pero volvió a subir en los últimos tiempos, posiblemente por lo que hemos venido señalando en cuanto a la disminución de su vertiente urbana y vinculada con la política nacional. En 2005, junto con la Sexta Declaración, aumentó la definición como guerrillero y disminuía la que lo caracterizaba como indígena, mientras que en 2013 aumenta la idea de que se trata de un movimiento político, posiblemente porque se trata de una definición imprecisa, que corresponde más a la respuesta “no sabe” que a una caracterización, lo cual confirmaría la idea de una pérdida de visibilidad del EZLN, en gran parte debido a un cambio de contexto histórico y un recambio generacional en los cuales el protagonismo zapatista se fue diluyendo, lo que, retomando el hilo de la argumentación relacionada con la juventud universitaria y los cortes generacionales de formación y educación política, es lo que estuvimos sosteniendo.

Bibliografía

- Anaya, Benjamín 1999 *Neozapatismo y rock mexicano* (México: La Cuadrilla de la Langosta).
- Camacho, Fernando y Olivares, Emir 2013 “Abierto el #YoSoy132 a aliarse con otros grupos sociales, como el EZLN” en *La Jornada* (México) 3 de enero.
- Estrello, Luz y Modonesi, Massimo 2012 “El #YoSoy132 y las elecciones en México. Instantáneas de una imposición anunciada y del movimiento que la desafió” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XIII, N° 32, noviembre.
- Fernández, Alberto 2013 “Ciclos zapatistas (1 y 2)” en *Letras Libres* (México) en <www.letraslibres.com/blogs/volante-izquierdo>.
- Holloway, John 2005 “Zapatismo Urbano” en *Humboldt Journal of Social Relations* (California: Arcata) Vol. 29, N° 1, pp. 168-179.

- Muñoz, Gloria *et al.* 2012 *#YoSoy132. Voces del movimiento* (México: Bola de Cristal/Desinformémonos).
- Pineda, César Enrique 2012 “#yosoy132: corte de caja (De la Ibero al 2 de octubre)” en *Rebelión*, octubre.
- Rovira, Guiomar 2009 *Zapatistas sin fronteras. Las redes de solidaridad con Chiapas y el altermundismo* (México: Era).
- Sandoval Álvarez, Rafael 2009 *El zapatismo urbano en Guadalajara. Contradicciones y ambigüedades en el que quehacer político* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).

Notas

- 1 La agrupación JRA surgió en 2001 a partir de la fusión de diversos colectivos universitarios, el CEM acentuó su vínculo con el zapatismo a partir de la *Otra Campaña*. Cabe señalar que, en un inicio, la participación juvenil y el primer acercamiento al EZLN fue protagonizado por estudiantes ligados al Consejo Estudiantil Universitario (CEU) o llamados “históricos”, muchos de los cuales también eran cercanos al cardenismo y al PRD, y que se alejaron del zapatismo en coincidencia con la llegada del PRD al gobierno del DF en 1997 y la paralela decisión del FZLN –en su fundación– de no aceptar la doble militancia.
- 2 Sobre la huelga existen varios textos pero en ninguno se aborda explícitamente el papel y el lugar del zapatismo. Léanse Moreno, Hortensia y Amador, Carlos 1999 *Unam: la huelga del fin del mundo* (México: Planeta); Rosas, María 2001 *Plebeyas batallas* (México: Era); González Ruiz, José Enrique *et al.* 2008 *Enseñanzas de la juventud rebelde del movimiento estudiantil popular, 1999-2005* (México). Más recientemente, salió VV. AA. 2011 *Huelga: la rebelión de los paristas* (México: La Guillotina).
- 3 En efecto, los militantes del FZLN en la primera etapa de la huelga actuaron por separado vinculados con distintos grupos y posturas y sólo posteriormente, a convocatoria explícita del subcomandante Marcos, se reagruparon, cuando ya la polarización entre “moderados” y “ultras” había perjudicado las dinámicas asamblearias, el proceso de toma de decisiones y, con ello, la imagen del Consejo General de Huelga.
- 4 Yvon Le Bot 1997 *Subcomandante Marcos: el sueño zapatista* (México: Plaza y Janés). Desde la página 239 se habla de zapatismo civil, en la 247 se refiere explícitamente a su surgimiento en ocasión del cinturón de paz en el diálogo en la catedral de San Cristóbal de las Casas en febrero de 1994 y en la página 259 de formula la distinción mencionada.
- 5 Todavía en noviembre de 2005, en el “Comunicado del CCRI sobre la disolución del FZLN” se dice que se abre una nueva etapa del zapatismo civil, confirmando el uso “oficial” de esta denominación.
- 6 Del mismo autor, aunque no tenga referencias explícitas al zapatismo urbano, ver también el trabajo conjunto con Fernando Matamoros y Sergio Tischler *Zapatismo. Reflexión teórica y subjetividades emergente* (Buenos Aires BUAP-Herramienta) 2008.
- 7 Una reflexión emblemática y ejemplar sobre el zapatismo urbano puede encontrarse en Colectivo Situaciones 2003 “El Silencio de los Caracoles” en *Rebelión* (México) N° 13, noviembre.
- 8 Además de obras públicas, es sintomático que en una búsqueda de tesis en toda la UNAM no apareció ninguna que relacionara el término *zapatismo* con los de *civil* o *urbano*.
- 9 Ver, por ejemplo, el caso y la evocación, en clave generacional, que hace Alberto Fernández (2013) de su paso juvenil por el zapatismo en una revista liberal y francamente antiizquierdista como *Letras Libres*: “Ciclos zapatistas (1 y 2)” en: <www.letraslibres.com/blogs/volante-izquierdo>.
- 10 Sobre este periodo, consúltense las relatorías de los encuentros en la selva en la colección de la revista *Rebelión* de este periodo.
- 11 Léanse los balances de los años 2010 y 2011 en números anteriores de la *Revista del OSAL*: los trabajos en conjunto con Lucio Oliver, Fernando Munguía y Mariana López “Balance de la conflictualidad en México en 2010”, en el N° 29, de mayo de 2011, y “México 2011: violencia y resistencia”, en el N° 31, de mayo de 2012.
- 12 Una contribución importante en esta dirección es el libro coordinado por Gloria Muñoz *et al.* 2012 *#YoSoy132. Voces del movimiento* (México: Bola de Cristal/Desinformémonos), que tiene la virtud de dejar hablar a los protagonistas, por medio de entrevistas muy interesantes y reveladoras, y sólo enmarcar su voz con las opiniones de Luis Hernández Navarro y Adolfo Gilly.
- 13 Véase el texto firmado por Marcos: “Apagando el fuego con gasolina (posdatas a la carta gráfica)” en *Enlace Zapatista*, 12 de enero de 2013, en <enlacezapatista.ezln.org.mx>.
- 14 Es notable cómo inclusive en un balance optimista y favorable al EZLN, formulado por Luis Her-

nández Navarro, no aparece el zapatismo civil como una vertiente viva del movimiento, aunque mencione su presencia difusa en varias luchas. Escribe Hernández Navarro: “El EZLN nunca abandonó la escena nacional. Guiado por su propio calendario político, fiel a su congruencia poética y con la fuerza del Estado en su contra, fortaleció sus formas de gobierno autonómicas, mantuvo viva su autoridad política entre los pueblos indígenas del país y activas las redes de solidaridad internacional. El hecho de no haya aparecido públicamente no significa que no esté presente en muchas luchas significativas del país”. Léase “Derumbe y renacimiento del mundo maya zapatista” en *La Jornada*, 22 de diciembre de 2012, p. 4.

15 Como contraparte, Pineda señala que, en los momentos álgidos del #YoSoy132, este sector amplio y difuso sobredimensionó el papel de las redes sociales y la mediatización del movimiento.

16 Dicho sea de paso, legados de la cultura política zapatista, extraídos de las prácticas comunitarias que sirvieron para democratizar las formas de organización política en los años noventa, pero que también mostraron muchos límites al trasladarse a otros ámbitos urbanos.

17 En medio del reflujo, como expresión de un deseo fisiológico de militancia de cierta franja universitaria, se reprodujeron e inclusive crecieron varias expresiones ultraizquierdistas, grupusculares y “cubiculares” –con sus vicios y virtudes– en diversos espacios universitarios, empezando por la UNAM, corazón pulsante del activismo estudiantil nacional.

18 Véanse los comunicados en *Enlace Zapatista*.

19 Que contiene partes accesibles sólo con una clave, para marcar expresamente una diferencia entre los interlocutores deseables y los que no los son, seleccionados previamente. Así se anuncia en el mismo documento.

20 La encuesta realizada por *Parametría* fue dada a conocer a finales de febrero de 2013. Está disponible en <www.parametria.com.mx>. Se trató de una encuesta a nivel nacional de 400 cuestionarios realizados a personas de 18 años en adelante en los días del 20 al 24 de enero de 2013.

21 Compuesto del 10% de los encuestados más el 6% que asume que exige que se les haga caso, el 4% que busca demostrar que está vigente y el 2% contrario a la discriminación.

22 El 5% contestó que por buscar un mejor país, el 4% que por estar contra el PRI, el 3% que por la crisis económica/pobreza, el 2% que por estar contra el gobierno, el 1% respectivamente que por estar contra la inseguridad, por cuestiones políticas y por buscar un mejor gobierno.

23 Otro dato resultante de la encuesta muestra una ligera mejor aceptación del EZLN respecto a su portavoz, el subcomandante Marcos, quien también es levemente más conocido. Sería fácil traducirlo en una crítica política cuando probablemente se trate de una expresión de formas de representaciones, culturas e imaginarios sociales, además de manejos y manipulaciones mediáticas y publicitarias.